

Reseña crítica de “La tierra y el campesino” de Marc Bloch y su aplicación al contexto colombiano

Ricardo Antonio Sánchez Cárcamo

ricsanchez@unisalle.edu.co

Área de Economía, Política y Sociedad

Facultad de Economía, Empresa y Desarrollo Sostenible (FEEDS)

Universidad de La Salle

El relato de la historia agraria ha sido secuestrado por una narrativa simplista, una en la que la evolución de las estructuras rurales se describe como un camino de progreso y modernización, una historia contada desde los despachos del poder y nunca desde la voz de quienes realmente vivieron la tierra. Este libro dismantela esa idea con una contundencia que incomoda. En su análisis, la tierra no es un simple recurso económico, sino el escenario de una lucha constante donde el campesino no es un sujeto pasivo; más bien, el verdadero motor de la historia.

El campesino medieval, lejos de ser una pieza inmóvil en la maquinaria feudal, encuentra formas de negociar su existencia en un mundo dominado por estructuras de poder opresivas. No es un simple siervo resignado al destino impuesto por los señores feudales, sino alguien que se enfrenta a las imposiciones de un sistema que busca explotarlo. A medida que el feudalismo se desmorona y las economías de mercado se afianzan, la

situación del campesinado no mejora de manera homogénea. La abolición de la servidumbre no trae consigo la libertad económica; más bien, se traduce en una nueva forma de dependencia, en la que la tenencia de la tierra se convierte en un privilegio de unos pocos.

El capitalismo agrario tampoco llega con promesas cumplidas, en lugar de repartir oportunidades, concentra la riqueza en unas cuantas manos, marginando a aquellos que quedan atrapados en la precariedad. La Revolución Agrícola de los siglos XVII y XVIII, en la que las técnicas de cultivo mejoraron y la productividad aumentó, fue también una revolución de la desigualdad. La expansión de las tierras privadas, la desaparición de los derechos comunales y la fragmentación de las comunidades rurales dejaron a millones sin acceso a los recursos necesarios para su subsistencia. Las decisiones políticas y económicas que acompañaron este proceso no fueron casuales, sino que se diseñaron para favorecer a una minoría privilegiada,

como motor de las revueltas campesinas, las demandas por la distribución equitativa de la tierra y la resistencia a las imposiciones del mercado, que han sido una constante en la historia rural.

Si bien el desarrollo de nuevas tecnologías agrícolas ha sido presentado como un paso inevitable hacia el progreso, la realidad es que la brecha entre quienes poseen la tierra y quienes la trabajan se ha hecho cada vez más profunda. Así, la historia agraria, lejos de ser una celebración de la modernidad, es un testimonio de exclusión sistemática, en donde los campesinos no han sido meros espectadores de estos cambios, sino protagonistas de una lucha permanente por el derecho a su propia supervivencia.

No se puede hablar de historia agraria sin hablar de conflicto, por lo que no se puede analizar el desarrollo de la propiedad rural sin reconocer las luchas que han definido su estructura. Este libro deja en claro que el destino del campesino no ha estado determinado por la inevitabilidad de la economía, sino por decisiones políticas que han favorecido la acumulación en manos de unos pocos. Quien busque en esta obra una historia de avances lineales quedará decepcionado o quien busque entender la historia de la tierra como una lucha permanente por el poder y la justicia, encontrará aquí una lectura indispensable.

La importancia de este libro no radica solo en su minucioso análisis de las transformaciones agrarias, sino en su capacidad para desenmascarar las lógicas de explotación que han estructurado el mundo rural. No es solo una revisión de los sistemas de tenencia o de la organización productiva, sino un cuestionamiento profundo a la manera en que se ha construido la historia. Una historia que, a menudo, ha ignorado deliberadamente a quienes con su trabajo han hecho posible la existencia de las sociedades que conocemos.

Este libro no es una lectura cómoda ni complaciente; más bien es una sacudida intelectual que obliga a repensar la historia agraria desde una perspectiva menos ingenua y más crítica. No es una obra sobre el pasado. Es un testimonio sobre cómo las estructuras de dominación se han perpetuado hasta el presente y sobre cómo, en cada momento de la historia, los campesinos han luchado por resistirlas.

En el caso de la historia del campesinado colombiano es una crónica de resistencia y lucha contra estructuras de poder que, bajo la fachada del progreso, han perpetuado la desigualdad y el despojo. Al igual que en el análisis de Marc Bloch (2002) sobre la Europa medieval y moderna, donde el campesino se enfrenta a sistemas opresivos que evolucionan sin liberar realmente al trabajador de la tierra, en Colombia, las promesas de

modernización y desarrollo han sido, en muchos casos, espejismos que ocultan dinámicas de explotación y marginación.

En Agricultura, campesinos y alimentos en Colombia (1980-2010), Fajardo Montaña (2020) ofrece una visión detallada de cómo las políticas agrarias y las transformaciones económicas han afectado al campesinado colombiano. A pesar de que la agricultura campesina, familiar y comunitaria produce más del 70% de los alimentos del país, las políticas públicas han favorecido históricamente al empresariado agrícola orientado hacia la exportación y la agroindustria (Comisión de la Verdad de Colombia, 2022). Esta preferencia ha llevado a una concentración de la tierra y de los recursos en manos de unos pocos, relegando a los pequeños productores a condiciones de precariedad y limitando su acceso a mercados y tecnologías.

La concentración de la propiedad de la tierra no es un fenómeno reciente en Colombia. Alejandro Reyes Posada (2016), analiza cómo, desde mediados del siglo XX, el conflicto armado ha sido instrumental en el despojo de tierras a campesinos, indígenas y afrodescendientes. Grupos armados, en connivencia con élites políticas y económicas, han utilizado la violencia para desplazar a comunidades enteras, apropiándose de sus tierras y recursos. Este proceso no solo ha

profundizado la desigualdad en el campo colombiano, sino que ha perpetuado un ciclo de violencia y exclusión que continúa hasta nuestros días.

La modernización agrícola, presentada a menudo como la solución a los problemas del campo, ha tenido efectos ambivalentes. Si bien ha habido avances en productividad y tecnología, estos beneficios no se han distribuido equitativamente. Las políticas de apertura económica y liberalización de mercados han expuesto a los pequeños productores a una competencia desleal con productos importados, muchas veces subsidiados, debilitando las economías locales y fomentando el abandono del campo.

Además, la introducción de monocultivos y la expansión de la frontera agrícola han tenido impactos ambientales negativos, afectando la biodiversidad y los recursos hídricos, de los cuales dependen las comunidades rurales. En este contexto, la resistencia campesina ha sido una constante en la historia colombiana, expresada en movimientos sociales y organizaciones campesinas, han luchado por la reforma agraria, la restitución de tierras y el reconocimiento de sus derechos. Sin embargo, estas luchas han sido enfrentadas con represión y estigmatización.

El Estado colombiano ha mostrado una ambivalencia en su relación con el campesinado, implementando políticas que,

aunque en el discurso buscan su bienestar, en la práctica favorecen intereses corporativos y perpetúan la exclusión. Las promesas de modernización y desarrollo han servido, en muchos casos, para enmascarar procesos de despojo y concentración de la riqueza. Ignorar estas injusticias equivale a perpetuar un sistema que margina y condena al campesinado a la invisibilidad y la explotación. Solo cuando enfrentemos de frente estas desigualdades y exijamos transformaciones profundas podremos aspirar a una sociedad verdaderamente equitativa, donde quienes trabajan la tierra sean reconocidos no como engranajes prescindibles, sino como pilares esenciales de nuestra existencia, con derechos plenamente garantizados y un lugar digno en la historia y el futuro.

Bibliografía

Bloch, M. (2002). La tierra y el campesino. Editorial Crítica.

Fajardo Montaña, D. (2020). Agricultura, campesinos y alimentos en Colombia (1980-2010). Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <https://www.google.com.co/books/edition/Agri cultura campesinos y alimentos en Co/KsPTDwAAQBAJ?hl=es-419&gbpv=1>

Reyes Posada, A., & Duica Amaya, L. (2016). Guerreros y campesinos: despojo y

restitución de tierras en Colombia. Editorial Planeta. Recuperado de <https://www.planetadelibros.com.co/libro-guerreros-y-campesinos/221442>